

6. “Vieron dónde se hospedaba y se quedaron con él”

Después de lo que hemos meditado en el episodio del joven rico, comprendemos que lo importante es entender lo que significa no hacer como él, no sea que nos encontremos viviendo en la tristeza de rechazar la alegría al rechazar el tesoro eterno que Cristo nos ofrece.

La alegría, como la vocación, es una realidad que se comprende a través de la experiencia, no en la teoría. Si acaso, la reflexión teórica es importante como conocimiento profundo de nuestra experiencia, para ayudarnos a vivirla con más atención e intensidad. Por eso, en el Evangelio, los acontecimientos y las enseñanzas están siempre entrelazados.

Es decir, siempre debemos volver a partir del primer encuentro con Cristo, tal como lo vivimos el día en que nació en nosotros la decisión de seguirle para siempre, el encuentro tal como Juan lo describe para sí mismo y para Andrés:

“Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.” (Jn 1,35-39)

Es importante comprender cómo Andrés y Juan encontraron aquel día una morada, o más bien un “morar” que más tarde se convirtió y creció en el lugar espiritual de su adhesión a Jesucristo. No encontraron tanto donde moraba Jesús aquel día. Quizá nunca volvieron a aquella casa o, en todo caso, Jesús tampoco permaneció allí mucho tiempo, ya que, como señala Juan, “al día siguiente, determinó Jesús salir para Galilea” (Jn 1,43). Sin embargo, aquel día los dos primeros discípulos descubrieron *dónde podían morar con Jesús*: “Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él” (Jn 1,39). Se trata de descubrir y dejar que Cristo nos revele –“Venid y veréis” (Jn 1,39)– la morada donde podemos habitar con Él, no sólo un día, sino toda la vida, en todo momento, estemos donde estemos, pase lo que pase, hagamos el encuentro que hagamos.

Imaginemos a los dos jóvenes futuros apóstoles cuando se encontraron en aquella casa con Jesús, observándole y escuchándole durante todo el día. ¿Cuál fue su experiencia? ¿En qué sentido encontraron un nuevo hogar para sus vidas, para todo lo que llenaba sus jóvenes vidas y se desbordaba de ellas, para todas las relaciones que poblaban su existencia? Ciertamente, tuvieron la experiencia de que, al habitar con Jesús, existía la misteriosa posibilidad de una dilatación del espacio y del tiempo que hacía que sus vidas y sus corazones fueran capaces de una nueva acogida para todos y para todo, una acogida sin miedo, sin cálculo, sin defensa.

Esta dilatación queda sugerida por la forma en que Juan, ya muy anciano, relata este episodio en su Evangelio. Dice que “era como la hora décima” (Jn 1,39). No lo dice porque tuviera buena memoria del pasado, sino porque en realidad, aquel día, a aquella hora, para él y para Andrés el tiempo se detuvo, se detuvo a las cuatro de la tarde. Pero no porque después de aquel instante no hubiera nada más, sino porque desde aquel instante sus vidas entraron en *un tiempo nuevo*, en un tiempo dilatado,

en un tiempo eterno. Y también el espacio: desde el permanecer en aquella morada, el espacio en el que empezaron a vivir ya no tenía límites, se dilataba hasta el infinito. Por supuesto, también ellos, como nosotros, volvieron a menudo a encerrarse en los límites del tiempo y del espacio medidos por ellos mismos y no por la presencia y el amor de Jesús. Pero a partir de ese día, cada reducción de sus corazones a las antiguas medidas la sentirán siempre como una traición, una herida, una experiencia de vacío. Al entrar en aquella casa a aquella hora habían entrado para siempre en una morada que los dejaba sin tierra fuera de la morada con Cristo, fuera de Su presencia, fuera de la comunión con Él.

Judas consumó aquella traición hasta el final, y se dejó deslizar hasta el fondo del vacío, lejos de Jesús. Pero no encontró morada fuera de la amistad con Cristo, porque también para él no podía haber más morada, ni más espacio ni más tiempo para su vida, fuera de aquella en la que Cristo le había acogido un día. No se suicidó simplemente ahorcándose, sino ya abandonando la morada de Cristo: "Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche" (Jn 13,30). Al salir de morar en Cristo, Judas se encuentra en un espacio y en un tiempo que es noche, que no tiene definición, un espacio vacío, en el que no se apoyan los pies, en el que no se puede caminar (¡el espacio del ahorcado!), y un tiempo detenido, que ya no fluye, sin presente ni futuro...

Un poco más tarde, en los discursos de la Última Cena, Jesús quizá pensó también en Judas diciendo: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5), que puede traducirse, quizá mejor, como "*Fuera* de mí no podéis hacer nada". Estar con Cristo no es sólo una compañía paralela, un estar uno al lado del otro, sino una inclusión, una pertenencia inclusiva, sin ser nunca exclusiva; es un habitar, un estar en Él, como hacen resonar las cartas de san Pablo y san Juan.

El poeta Clemente Rebora, converso que llegó a ser padre rosminiano, escribía en una meditación navideña: "Cuando el alma no encuentra el punto de consistencia interior, vaga hacia satisfacciones exteriores que permanecen vanas, porque nunca corresponden a la verdadera realidad interior".

El punto de consistencia interior se encuentra cuando el corazón descubre dónde habita Cristo, dónde puede habitar con Él. Consistencia es también etimológicamente un término que alude a la morada: *cum-sistere*, que significa estar quieto, permanecer junto, perdurar... Morar con Cristo, en Cristo, es la consistencia interior más firme que podemos tener. Interior en el sentido de que es la consistencia de nuestro yo, lo que nos hace verdaderamente nosotros mismos. Es un "punto", como dice Rebora, porque es un lugar preciso, un centro en torno al cual todo gira, todo pivota y se ordena, se armoniza. Sin esta coherencia, es verdad lo que dice Rebora: se "vaga hacia satisfacciones exteriores que permanecen vanas, porque nunca corresponden a la verdadera realidad interior", es decir, no corresponden a nuestro corazón, a aquello para lo que está hecho, querido y amado por Dios. Un niño sin hogar, sin padres, sin familia, sin una relación *consistente*, no consigue crecer como sujeto, como un yo definido y único. Ni siquiera puede jugar. Tanto más si no encontramos, gracias a la Iglesia y en la Iglesia, nuestra morada con el Señor, nuestro lugar de consistencia con Cristo.